

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Revista de Cádiz, por D. Francisco Flores Arenas.*—*La reina sin nombre por D. Juan Eugenio Hartzenbusch, conclusion.*—*Rosalía, por D. Pedro Escamilla.*—*Geroglífico.*

REVISTA DE CADIZ.

El calor y los partes telegráficos del teatro de la guerra han absorbido el interés público casi exclusivamente desde nuestra última revista acá. Allí siquiera se ha firmado ya la paz con aplauso de la humanidad entera, y al darse las manos ambos ejércitos beligerantes solo han echado de ver que faltan cincuenta ó sesenta mil compañeros en sus filas. ¡Triste cosa es el tener que celebrar, no el bien que se ha hecho, sino el daño que va á dejar de hacerse!

Pero no nos metamos en honduras, como decia Góngora,

"en donde el mar es tan hondo
que puede anegarse en él
un hombre, aunque sea de corcho,"

y vamos á lo que mas de cerca nos atañe y entra mas de lleno en el círculo de nuestras poco elevadas atribuciones.

Decíamos que el calor ha sido espantoso por estas tierras, y añadiremos que con lo que de él nos ha quedado hay todavía para echar los bofes. En cuanto á fuego, las playas de la Caleta han podido apostárselas á las orillas del Mincio. Ahora bien, contra los ardores de la temperatura la ciencia humana no ha hallado hasta ahora otros medios que echarse aire, tomar el fresco ó zambullirse en el agua. Eso es precisamente lo que desde los mas remotos tiempos se hace en todas partes, y por consiguiente lo que hoy hacemos aquí.

JULIO.

Para tomar el fresco tenemos ahí las Delicias ó la Alameda, que en esta época se llenan de gente, á veces tanta que ya el fresco no se toma. Eso es lo de menos. Ya otras veces hemos dicho que el asunto está en buscar un pretexto para todo.

La cuestión de paseos nos lleva naturalmente á la de los carruages particulares y públicos, cuyo número va creciendo en progresion pasmosa, por mas que hoy Cádiz ni sea mayor que otras veces ni tenga mas campo que el que siempre ha tenido. No es aquí un vehículo una necesidad ni mucho menos; es un ramo de lujo y nada mas, y con tal de dar en él tal cual tarde cuatro ó seis trotadas desde el pabellon de Ingenieros al castillo de Santa Catalina, y con tal de llevar siquiera un par de lacayos vestidos frecuentemente por el figurin de la simona que cabalga sobre el perro, cualquiera da por bien empleado lo que le cuesta un carruage, que en rigor para maldita otra cosa le sirve.

Pero si no nos oponemos á que cada cual vaya encaramado cómo y donde quiera ó pueda, si no tenemos objecion que hacer contra los carruages de nadie, puesto que no se los mantenemos, parécenos que estamos perfectamente en nuestro derecho pidiendo garantías para los muchos que andamos á pie, y reclamando se dicten eficaces providencias á fin de asegurar nuestros callos contra las demasías de alguna yegua descortés, y nuestras personas contra la intervencion de una rueda desaconsejada. Los que se tomen la molestia de contemplar el daño que son capaces de hacer esa multitud de carruages hacinándose y atropellándose en la estrecha calle del Veedor á una hora dada, comprenderán todo el horror que nos inspira nuestra posicion pedestre, y toda la energía con que llamamos la atencion de quien haya lugar acerca de un asunto que puede llegar á ser tan fecundo en aplastamientos si no se remedia.

52

La calle del Veedor, via natural para las Delicias, es, como llevamos dicho, bastante estrecha, cosa que ella no puede remediar. No tiene aun adoquines, lo cual tampoco es culpa suya; pero el hecho es que á eso de las siete de la tarde en este tiempo, y á eso de las dos y media en el invierno, la calle se obstruye por el gentío que acude á paseo. Esa es tambien la hora crítica en que una porcion de carruages puestos en sarta van doblando unos tras otros la esquina del Casino, llevando un compás algo mas *allegro* del que parécenos que debiera autorizar para estos casos el metrónomo de las ordenanzas municipales. El chasquido de los látigos, el choque de las herraduras, y las voces preventivas de los cocheros pronunciadas con toda la autoridad del alto puesto que ocupan, asustan á los niños, que corren desatentados y que en vano tratan de reunir los agudos gritos de las madres y de las niñeras; las jóvenes, para dejar libre el paso, se cosen á la pared procurando embutirse en ella; pero los sublevados ahuecadores no lo consienten; las ruedas rozan los miriñaques; hay un momento supremo en que la muger vacila; lanza un ay desgarrador, y casi se ve arrastrada por el vehículo, mas al fin este sigue su curso para tropezar con otro biombo algunas varas mas allá. Entretanto nosotros, doblemente enredados en aquel dedalo de crinolina y de yeguas normandas, de ballenas y de carretelas á la Daumont, no tenemos frecuentemente medio palmo de tierra donde sentar el pié, y eso que ese medio palmo que se disputa solo está cubierto de pelados chinos, que hacen nuestra posicion mas molesta, mas insegura, y consiguiientemente mas crítica.

Esto sucede en la calle del Veedor. Por mucho menos la de San Francisco ha puesto entredicho al ómnibus; pero hasta para ser simple calle se necesita fortuna.

En la Alameda hay ya algunas tardes que toca una banda de música, la cual, segun noticias, concurrirá ciertos dias de la semana. Esto es útil para distraer á los paseantes haciendo que no reparen en el polvo del piso. Las mejoras han principiado por los oídos; ya llegarán con el tiempo á los pies.

La plaza de Mina no pierde por esto sus antiguos derechos filarmónicos.

Y ahora que de plaza de Mina hablamos, diremos que segun se nos ha asegurado, se ha establecido para el presente año que el precio de los asientos en los bancos del Hospicio sea de cuatro cuartos, en vez de dos como hasta aquí. Fúndase el aumento en que no caben

ahora mas que dos señoras á causa de los ahuecadores.

No respondemos de la esactitud de la noticia, pero á ser cierta, parécenos que hay en esta resolucion falta de equidad. Cuatro hombres representan hoy el volúmen de una sola muger. ¿Por qué pues ha de ser el precio el mismo si el bulto es cuatro veces menor? Esto es matemático. Creemos por tanto que la administracion del Hospicio, para ser equitativa, deberia hacer cubicar á cada muger, como se hace con las toneladas de un buque, y obligarla á que pagase con arreglo á su cabida: y decímoslo con tanta mas razon cuanto que al paso que van, prevemos que el verano próximo cada una ha de necesitar el banco entero, y aun ha de rebosar por las barandillas afuera.

¿Y en qué quedó aquello que se dijo acerca de un proyecto de feria en las Delicias?

Hacemos esta pregunta á fin de que no nos la hagan á nosotros; pero si á pesar de esto alguno insistiese, le repetiríamos las palabras de cierta comedia en que un hijo curioso pretendia que su padre, que era portugués, le esplicase lo que allí pasaba. "Señor hijo, no pregunte á su padre lo que él todavía no ha podido comprender."

Terminaremos nuestra revista de hoy diciendo algo de teatros.

La larga enfermedad de la Sra. Solera ha dificultado las tareas de la compañía lírica del Principal, que ha tenido que ceñirse al repertorio de la señorita García. Esta sigue siendo aplaudida, pero como no ha podido darse nada nuevo, el teatro se ha resentido de ello, á lo cual ha ayudado el excesivo calor. El Sr. Lambertini se presentó en *El valle de Andorra*. Parece que no estaba en voz; pero así y todo fué muy aplaudido en el segundo y tercer acto. El jueves se cantó la zarzuela *Moreto*, habiendo alcanzado grandísimos aplausos la señorita García y los señores Lambertini y Grau, que ha vuelto á contratarse. Todos ellos se elevaron á una altura respetable en la ejecucion de sus respectivos papeles, y en el final del segundo acto merecieron ser llamados á la escena entre palmadas y bravos estrepitosos. Este éxito, no menos que la ansiada convalecencia de la señora Solera, harán que el Principal se rehabilite completamente.

La lucerna sigue allí en eclipse.

En el Balon ha vuelto á aparecer la señorita Ramirez. Vámosla en *El marqués de Caravaca*, donde está inimitable, y donde le arrojaron á la escena coronas y ramos de flores en profusion pasmosa. Tambien el Sr. Folgueras se ha presentado de nuevo en aquel teatro

despues de una larga ausencia. Vuelve con su hermosa y fresca voz, con su buen decir, y con sus escelentes elementos. Ha sido saludado con grandes aplausos.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRÓNICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII,

POR D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

(CONCLUSION.)

Yéndose entonces á Recesvinto como un jabalí al que se disparó el dardo, Froya hundió su espada en el costado del príncipe, al mismo tiempo que la espada de Recesvinto daba como una segur sobre el cráneo del duque. Cada uno cayó por su lado; Froya sin vida, Recesvinto sin conocimiento.

Forzadas las puertas, el rey desatentado, llorando como un niño, cogió á su hijo en brazos y él solo le condujo á una cama. El médico llamado para cuidar de la amante, que ya no necesitaba su auxilio, tuvo que acudir á la cabecera del amado. El cadáver de Froya quedó abandonado algunas horas en el paraje en que habia caído, frente á la ventana. Cuando el alcaide del castillo fué á recogerle para darle sepultura por mandado de Flavio, otro espectáculo mas lastimoso espantó su vista. En la reja de en frente se habia suspendido Teodosinda de un hierro, echándose por dogal al cuello la cabellera de Floriania.

Unos cuantos dias despues pasaba por la Hoz una litera enlutada rodeada de sacerdotes, pajes, esclavos y soldados. Uno de estos habia acompañado á Froya cuando llevó á Floriania por aquel camino. El alcaide del castillo de Segobriga iba al frente de la fúnebre comitiva. Llegados á vista del agujero adonde Floriania tiró la piedra, el soldado no pudo menos de decir al alcaide:

—La predicción que hay acerca de ese nicho, siempre se cumple de un modo ó de otro. Como Floriania metió en él un canto, era preciso que volviese por aquí viva ó difunta: el agujero queda cumplido.

El alcaide se sonrió, pero corroboró la idea del soldado, diciendo:

—En efecto, la predicción de la Hoz no quedará desmentida esta vez.

Algunas semanas mas adelante celebraba la grandeza goda en Toledo el restablecimiento de Recesvinto. Al anocheecer habia principiado el banquete, y á mas de la media noche no habia concluido: se habian retirado los ancianos; los jóvenes seguian bebiendo y conversando bulliciosamente. Cerca de Recesvinto se hallaban los duques Venderio y Frandina y el conde Evarico, amigos suyos, con quienes habia tenido largos coloquios durante el festin.

—Continúa, dijo Venderio al príncipe, continúa la historia de esos malaventurados amores. Tu esposa la romana era un ángel de Dios.

—Un ángel, repitieron todos los jóvenes que se hallaban inmediatos, porque la conversacion iba haciéndose general: los que no habian oido el principio, lo preguntaban á los que lo sabian.

—Que hable alto para que todos oigamos, gritaron algunos que se hallaban distantes.

Recesvinto prosiguió así:

—Cuando yo dije á mi padre que Floriania aunque española de todos cuatro costados era una mujer de talento y virtudes tan eminentes como la mas ilustre dama de nuestra sangre, mi padre me tomó la palabra y me juró, que si hechas con Floriania rigurosas pruebas se mostraba tan virtuosa como yo decia, se rehabilitaria mi matrimonio con ella. En medio de la exaltacion en que yo me hallaba, admití las condiciones de mi padre porque conocia muy bien el inmenso valor de mi esposa: despues temí las consecuencias del peligroso empeño. Vosotros, guerreros de corazon demasiado fuerte, vais á mofaros de mí si os confieso que mi temor era, no que Floriania sucumbiese en la prueba, sino que padeciera en ella tanto, que despues no pudiese amar al hombre que habia sido capaz de permitir su martirio. ¡Os reís como de una cosa estraña, inaudita! Os parece que el temor de perder el cariño de una mujer no es digno de albergarse en el corazon de un hombre: yo os juro que Floriania mereceria que se tuviese ese temor por ella. Mi padre me obligó á prometerle que mientras las pruebas duraban, yo me me mantendria siempre distante de mi esposa; á la verdad, si yo hubiera sido testigo de sus amarguras, á pesar de mi edad y de mis promesas me hubiera hecho traicion á mí mismo repetidas veces. Se disolvió nuestro matrimonio, Floriania fué reducida á la clase de sierva, se anunció mi boda con Teodosinda, y la virtuosa española se mostró siempre resignada á su suerte, respetuosa con su ama, fiel á su amor. Solamente fué capaz de faltar á él por el mismo amor que me profesaba. Un amigo de Froya, ó mas bien un amigo nuestro que engañó á Froya, me ha dicho que la misma noche que fuí preso y conducido á Segobriga, el duque, determinado á matarme, ofreció á Floriania que me dejaria con vida si consentia en ser su esposa.

—¡Su esposa! exclamaron con asombro todos los convidados.

—Su legítima esposa, contestó Recesvinto. Floriania consintió en dar la mano á Froya para salvarme; pero le obligó á jurar tambien que respetaria la vida de mi padre y permitiria que casasen las gentes de la raza goda con la celtibérica.

—¿Eso prometió Froya? volvieron á exclamar los amigos de Recesvinto.

—Así lo dijo Froya á nuestro amigo Everedo en la mañana de la sublevacion. Esa ley pensaba dar el grande enemigo de los romanos, esa ley que tanto os repugnaba cuando yo por primera vez os manifesté su conveniencia.

—Ya nos has convencido, replicó Frandina, ma-

ñana, hoy mismo, porque pronto amanecerá, vamos á proclamarte rey en union con tu padre: cuando quieras promulgar esa disposicion, tendrás nuestro apoyo.

—A pesar, dijo Venderio, de lo impolítico que era el casarte con la romana, si viviera la saludaríamos reina gustosos.

—Sí, sí; gritaron todos á una voz.

—Decís eso, replicó el príncipe, porque no existe: si viviera pensaríais de otro modo.

—No, no, no.

—No os creo.

—Lo juro, lo juramos. Por la fé, por el honor, por nuestro nombre.

—Jurais, repuso el príncipe, que si viviera Floriana no llevaríais á mal que revalidase mi boda con ella?

—Sí, sí, sí, gritaron sin vacilar todos.

Entonces Recesvinto se acercó á una puerta de la sala cubierta con un gran cortinaje, descorriólo de golpe y presentó á aquella juventud entusiasmada la candorosa figura de Floriana, que puesta de pié, ruborosa y confusa esperaba el fin de la conversacion.

—Floriana vive, clamó el enamorado Recesvinto: vedla, ved á mi esposa.

—Viva! gritaron todos, ¡viva nuestra reina!

(Sisberto habia confeccionado un narcótico para Floriana en lugar de un veneno y habia dado aviso de todo al rey que se hallaba en el Valle del Paraíso, disponiendo la manera de frustrar la sublevacion tramada por el duque Froya).

La vocería de los convidados despertó á todo el palacio de Quindasvinto. Exaltados con la presencia de la hermosa Floriana, que ceñida de una toca blanca, vestida de túnica y manto blancos tambien, tenia un no sé qué de celestial en todo el atavío de su persona, ya no acertaron á contenerse en los límites de una moderada alegría. A aquella misma hora quisieron que se hiciese la proclamacion de Recesvinto: hicieron que se levantara y vistiera el rey, se tocaron los clarines y se puso en arma á Toledo entera. El santo metropolitano Eugenio y el santo obispo de Zaragoza Braulio, principal patrono del príncipe que se hallaba en la ciudad de la solemne fiesta, acudieron al pretorio al instante de la iglesia donde juntos estaban orando. Toda la poblacion que velaba solemnizando con hogueras, bailes y cánticos la víspera del fausto día, corrió, voló, se precipitó á la plaza del pretorio. A un balcon anchuroso y largo salieron Flavio y Recesvinto llevando á Floriana en medio; á sus lados iban los dos prelados de Toledo y Zaragoza, á los lados de estos y detrás, en cuanto el balcon lo permitia, se apiñaron los duques y caudillos de la nobleza gótica; los demás ocuparon los balcones inmediatos.

Entre riquísimos colores de grana y oro despuntaba el sol, resplandeciente como nunca, para señalar el momento feliz de la emancipacion de la raza española.

Gritos agudos de júbilo rompian los aires.

Los soldados agitaban los capacetes en las pun-

tas de las lanzas; los vecinos batian las palmas; los mantos volaban arrojados sobre las cabezas sin cesar.

Tendió Quindasvinto la mano y siguióse un silencio tan profundo como si Toledo se hubiese quedado desierta.

—Godos ilustres, dijo el monarca, yo os he pedido que asociéis á mi hijo al trono, y vosotros me lo concedéis.

—Sí, gritaron los próceres que se hallaban en el balcon principal: sí, dijeron los que estaban en los balcones contiguos; sí, dijeron los sacerdotes, los soldados, todos.

—Viva el príncipe, viva el rey, viva Recesvinto.

Sosegado el primer estrépito de aclamaciones, el obispo Braulio hizo seña de que habia mas que saber; el modestísimo Eugenio no quiso tomar la palabra delante del que veneraba como maestro.

—Fieles que me oís, dijo con esforzada voz el obispo, hasta ahora, por justos juicios del Todopoderoso ha habido en España un pueblo conquistador y un pueblo vencido: desde hoy, mediante la celeste misericordia, no ha de haber mas que un pueblo de hermanos, de españoles, de fieles adoradores del Señor que nos crió á todos. El rey, el príncipe, la nobleza y la iglesia consienten los matrimonios entre godó y romana, y romano y goda. El príncipe Recesvinto, desposado antes con esta española que veis á su lado, renueva hoy su enlace con ella: la ley lo autoriza, la iglesia lo bendice, y yo me complazco en delarar á Floriana altamente merecedora de tan ilustre casamiento, por ser la gloria de nuestro pais, la corona de su sexo, y la mas virtuosa de las mujeres.

La sorpresa, la ternura, la embriaguez de júbilo que el brevísimo discurso de Braulio produjo en los espectadores de la raza indígena fué inesplicable. Gritos, lágrimas, bendiciones.... Ya entre el agudísimo y confuso clamoreo se distinguia la voz de ¡libertad! ya la de ¡igualdad! ya los nombres de Flavio y Recesvinto; pero mas veces y mas claro resonaba el nombre de FLORIANA. Aquella esclava que habian visto cruzar con los ojos bajos y rostro melancólico las calles de Toledo llevando la falda á Teodosinda, aquella segunda Ester, mas mortificada que la primera, habia conseguido la libertad de su pueblo. En un momento fueron escalados todos los balcones del pretorio; en un momento los árboles de la plaza fueron despojados de sus ramas para adornar con ellas los hierros de la fachada, el entusiasmo de los favorecidos se propagó á los bienhechores, disfrutando aquellos el placer inmenso que causa un bien merecido; pero inesperado, y estos la fruicion inefable que siente el corazon de donde ha salido una accion magnánima. Godos y españoles se abrazaban llorando al pié del balcon, donde agrupadas las personas de los reyes, los pontífices y la hija del Valle, se reunia en un punto lo mas sagrado que hay en la tierra: la fé verdadera y pura, el poder elemente y justo, la virtud heróica y amable.

Pisando flores, plantas aromáticas y mantos que arrojaba la multitud al suelo, marchó aquel día Floriana en un caballo blanco como la nieve á ser

nuevamente desposada, ungida y coronada en el templo. A cada instante la detenian los españoles para besarle los pies, para ofrecerle palmas y coronas. Flavio y Recesvinto no podían hacer dar un paso á sus alazanes oprimidos por la muchedumbre. Existía en una capilla que cogía al paso la caja ó concha de un carro magnífico de guerra consagrado al Señor, como despojo el mas preciado que un general de Recaredo, fundador de la capilla, había ganado al rey de los francos, Gontramo, en las inmediaciones de Carcasona. El pueblo tomó aquella silla, ya convertida en andas, hizo subir á Floriana en ella y levantándola en hombros, la condujo así en triunfo á la iglesia con una palma en la mano, descollando sobre el rey, sobre el príncipe, sobre los caudillos y los guerreros: porque el día en que la virtud es conocida de los hombres, se eleva sobre todas las grandezas, dignidades y glorías del mundo. Floriana, objeto de tan fervoroso entusiasmo, gozando moderadamente la dicha como había sentido el mal sin exceso, dejábase conducir aventurando una ú otra mirada tímida á los lugares que habían sido testigos de su abatimiento: y entre los vivos afectos de gratitud que enviaba de su alma á los pies del Altísimo, dos ruegos tan solo le dirigía: felicidad para su esposo y para su pueblo, tranquila oscuridad para ella.

APÉNDICE DEL AUTOR Ó ORDENADOR DE ESTA CRÓNICA.

Los votos de Floriana fueron cumplidos: sus virtudes, su influencia en la suerte de España, y su nombre mismo han permanecido ignorados: si hubiera sido una princesa criminal, tan deforme de cuerpo y alma como la madrastra de San Hermenegildo, su nombre hubiera encontrado lugar en la historia. Los bienhechores del género humano suelen pasar sin dejar señales de su existencia: los monstruos nacidos para azote de la humanidad immortalizan su memoria.

El nombre de Floriana, que lleva la heroína en esta narración, tiene el origen siguiente:

Entre los papeles que mi abuelo materno heredó en el año de 1805 de su hermano don Julian Antonio Martínez Calleja, que falleció en Madrid entonces, siendo teniente segundo de la iglesia parroquial de San Antonio de la Florida, pareció un cartapacio de pocas hojas que tenía en la cubierta escritas estas palabras de letra del difunto: "Traducción de un códice latino que se descubrió, y pude haber á las manos cuando se hicieron las excavaciones en el cerro *Cabeza del Griego*, donde existió la antigua ciudad de Segobriga." Al pie de la primera página, que como era natural principiaba con el título de la obra y decía: "Historia de la Reina (aquí un nombre borrado) escrita por Anacleto, diácono de la iglesia episcopal Segobrigense en la Celtiberia," se leía la siguiente nota, igualmente de puño y letra del presbítero: "Es obligación mia divulgar este escrito, por lo que en él se refiere del sitio donde fué fundado siglos después el pueblo de mi naturaleza Valparaíso de Abajo, dis-

tante dos leguas de Cabeza del Griego." Desde que muertos mi abuelo y padres vinieron á mi poder algunos escritos de mi tío don Julian Antonio, entre los cuales se hallaba la traducción mencionada, he practicado constantes y esquisitas diligencias para averiguar el paradero del códice de Anacleto; pero todas han sido sin fruto: privado del original, he tenido que contentarme con la copia, á cuyo texto me he arreglado fielmente en la relación de los sucesos, bien que no así en el estilo. Para muestra de este y por lo que conviene á mi propósito, reproduzco aquí la introducción á la letra:

"Bajo el amparo, (dice) de Dios Todopoderoso y de la bienaventurada Virgen Maria, yo Anacleto, siervo inútil de la Santa Iglesia episcopal de Segobriga, me propongo referir compendiosamente las heroicas pruebas y merecimientos insignes de la serenísima Reina.... española de linaje, cuyas virtudes ofuscaron la gloria de todas las matronas régias, de origen godo, que la precedieron, sin haber sido jamás igualada por ninguna de sus ilustres sucesoras. Y en señal de ver la admiración que yo y todos los descendientes de los españoles indígenas y de los romanos (conquistadores nuestros, pero confundidos ya con nosotros) profesamos á la gran princesa restauradora de su pueblo, he resuelto que siempre que el augustó nombre de.... aparezca en este breve libro, que mi fé le dedica, sus letras vayan escritas con brillantes colores, y labor tan delicada y prolija como la que he empleado en el códice mas suntuoso, de los muchos que tengo hechos como escribiente de esta Santa Iglesia. En cuyo propósito, que cumpliré, Dios mediante, siempre que mi vista, harto débil hace ya tiempo, me lo permitiese, comienzo así: En el año 686, etc."

Bien fuese porque el pobre diácono perdiera la vista, como parece que se lo recelaba; bien fuera porque su entusiasmo en favor de la reina se entibiara mas adelante; bien porque le faltase tiempo ó vida para cumplir su designio; ello es, segun advierte mi tío, que el códice original estaba plagado de huecos, dejados de intento en blanco, para poner el nombre de la reina, siempre que la narración lo exigía, y el nombre no se hallaba escrito ni una vez siquiera: el cronista debió dejar para lo último aquella tarea por ser mas delicada; no llegó á principiarla, y la reina por consiguiente se quedó anónima para la posteridad, porque aquella Reciberga que algunos autores han dado por esposa de Recesvinto, indudablemente, si damos fé á otros, lo fué de su padre.

Oigamos á mi tío las circunstancias con que se verificó el bautismo de la princesa, las cuales justifican el título que lleva la obra:

"Pareciéndome una profanación (escribe en sus notas) dar un nombre supuesto á un personaje verdadero tan respetable, puse el negocio en manos de la Providencia. Tomé el Martirologio romano, impreso en Roma en 1585; llamé á la hija de mi hermano, María, niña de pocos años que aun no sabía leer entonces, y le entregué el libro mandándole que lo abriera por donde mejor le pareciese: obedeció la niña á su modo, introduciendo el

índice por la página 251 y los dedos restantes por la 684. Preguntéle entonces cual de las dos páginas me designaba; y la criatura, con la inocencia de su edad, respondió que una y otra. Observé entonces con sorpresa que en los dos puntos donde sentaba los dedos, en ambas páginas habia dos santos de un mismo nombre, San Floriano, mártir, de quien se hace mencion á 4 de Mayo, y San Floriano, mártir tambien, de quien se lee á 17 de Diciembre. Esta misteriosa coincidencia me ofuscó; de suerte que me persuadí, con toda certeza, de que por divina permission habia hallado el propio nombre de la esposa de Recesvinto, abuelo paterno del gran Pelayo; y sin escrúpulo ninguno planté á mi traduccion por título: *Historia de la reina Floriana*. Borré poco despues el nombre, porque una reflexion me agüó todo el contento que me habia producido el hallazgo maravilloso: recordé que tenemos en España la palabra *fulano*, para indicar una persona cuyo nombre se ignora ú omite, y discuriendo sobre la etimología de la voz, me ocurrió la sospecha siguiente: Los Fruelas, Froilas, Froilanes y Froilanos (que todo es uno) abundaban mucho en Asturias en el tiempo de la restauracion y siglos inmediatos: quizá (como ahora, porque abundan los Pedros, llaman Pedro Fernandez á cualquiera) llamarían entonces *un Froilano*, á todo desconocido: y de aquí mas adelante se formaría el *fulano*. El *Froilano*, gótico probablemente, sería el *Floriano* latino: y si esto es así, indudablemente está de Dios que no tenga nombre nuestra heroína, puesto que ni aun se le ha podido aplicar uno supuesto. *Floriana* en nuestro pais no es nombre, sino sustitucion indeterminada por el nombre que se desconoce: de modo que titular este escrito *Historia de la reina Floriana* equivale á escribir *Historia de la reina Doña Fulana*, es decir, una *Reina sin nombre*."

ROSALIA.

CUENTO FANTASTICO.

I.

Mi pueblo es una pequeña aldea escondida entre dos peñascos de Sierra Nevada, como un nido de golondrinas en el tronco de un árbol: nada de particular ofrece á los ojos del viajero la torrecilla de su modesta iglesia, y las doce ó catorce casas que se desparraman en un reducido espacio.

Hay un sendero que costea la montaña como la espiral de una culebra enorme, y lo quebrado del terreno, y la rica vegetacion de espinos, olivos y jarales impiden distinguir el campanario de la iglesia, hasta que llega uno á la cima de la roca escarpada.

Desde allí se divisa la aldea en una pequeña hondura, con sus cercados y sus casitas blancas dise-

minadas aquí y allí, como las ovejas en el prado, medio ocultas entre los árboles y las retamas, de modo que viendo sus blancas tapias á cierta distancia, cortadas de repente por grandes masas de verdura, parecen paños de lienzos puestos á secar sobre el ramaje; y por la noche, cuando la luna aparece en el estrellado cielo, su fantástica luz cambia el paisaje en un pequeño lago que va reflejando á trozos los plateados rayos del astro nocturno.

Allí he nacido.

En quel rincon del mundo olvidado por insignificante, sin historia ni carácter alguno, he pasado feliz mi infancia, y allí han empezado á brillar los primeros años de mi juventud.

Mi casa estaba situada á espaldas de la iglesia, cuatro paredes blancas con su tejado de pizarra, donde reflejaban los rayos del sol poniente, y un huerto de algunas varas de estension, sin coto ni empalizada, con dos árboles frutales y algunas campanillas y enredaderas.

Uno de los infinitos arroyos de la montaña llevaba su cauce por aquel sitio, en una hondonada del terreno, en cuyas riberas brotaban silvestres cañas de un tamaño colosal y algunos azulados lirios: un puente hecho de tablas facilitaba el paso para la montaña.

En la orilla opuesta se abria un sendero, impracticable en la primavera á causa de la vegetacion, que trepando por la roca y dando mil rodeos concluía en una plataforma de corta estension, donde habia una ermita consagrada á la Virgen del Cármén.

Despues, bosque y maleza: las rocas se iban apiñando mas y mas hasta hacer impracticable aquel sitio.

Yo habitaba aquella pobre casita que tanto he echado de menos, con mi hermana y su marido.

Pobre hermana mia!

Tan solo vive su memoria en el corazon de algunas, muy pocas, personas que la conocian.

Cuando murió mi madre, quedamos los dos en la mas espantosa miseria, que ella sobrellevaba con resignacion, y que yo, niño, no conocia aun.

Luisa era bonita, muy bonita, y se casó al poco tiempo con uno de los mozos del pueblo.

Me queria entrañablemente, y bien lo demostró la pobre durante mi primera edad en que yo permanecí á su lado.

Habiendo yo nacido para el trabajo rudo del campo y la miseria de la clase jornalera, quiso apartarme de esa vida en la que se amasa el pan con lágrimas del corazon.

Yo tenia las manos muy blancas y finas para el azadon, segun decia mi pobre Luisa.

¡Cuántas vigiliass costaba á la infeliz el que estreñase yo un trage algo mas decente que el de los muchachos de la aldea!

¡Cuántas lágrimas vertían sus ojos al ver el hogar apagado dos dias seguidos, cuando el espectro del hambre llamaba á nuestra puerta!

Algunas noches la sorprendia yo á la cabecera de mi pobre lecho, en el invierno, cuando el viento de la montaña aprisionaba las aguas del arroyo y

sacudía fuertemente la puerta de nuestra habitación.

Sus ojos brillaban y sus labios murmuraban oraciones por el porvenir acaso de su pobre hermano.

II.

Era una alborada de Julio.

Las campanas de la iglesia volteaban alegremente, y su dulce tañido se columpiaba en el espacio.

Arriba en lo mas intrincado de la montaña, contestaba el esquilon de la ermita como un canto de alegría.

Ay! las campanas de mi aldea tienen un sonido tan dulce y melancólico!

Ellas me despertaban por la mañana al despuntar el alba, y me dormían por las tardes al *angelus*.

Era una alborada de Julio; el día de la Virgen del Cármen.

Las muchachas del pueblo subían por la montaña al santuario de la Virgen, y luego bailaban en la pradera delante de la ermita.

El sol apenas filtraba sus rayos por entre las ramas de los pinos, y la brisa que se perfumaba en las retamas subía fresca y juguetona.

Y en el fondo de este claro oscuro, la hermosa imagen de la Virgen resplandeciente de luz, y rodeada de cien ramos de cantueso y mejorana; devotas y poéticas ofrendas de aquellas sencillas gentes.

Yo iba también á la romería con mi pobre Luisa, que ya se había casado.

Yo, que tenía quince años, era casi un hombre, y había estrenado una chaqueta!

Subíamos por el sendero de la montaña: mi hermana y su marido iban delante, porque yo me había detenido á cortar una rama de un avellano; se oía repetido en las concavidades de la roca el murmullo y griterío de las gentes de la pradera, mas claro y perceptible conforme íbamos avanzando, y el *ora pro nobis* de los que cantaban la letanía de la Santa Virgen.

Mis ojos se dirigieron á la puerta de la ermita, así que llegamos arriba.

Allí estaba!

Con su vestido negro muy usado y descolorido, el cabello sujeto con un alfiler y sus piés descalzos, blancos como la nieve, me pareció mas hechicera que nunca.

Era Rosalía, la hermosa mendiga de la aldea, que cantaba la letanía llenos de lágrimas sus ojos: una pobre huérfana que pedía limosna á la puerta de la iglesia.

En la aldea decían que estaba loca, porque no hablaba con nadie, ni se sabía en qué nido de la montaña se recogía por la noche aquella pobre gollondrina.

Ah! yo amaba á la santa niña que cuidaba á los enfermos y pedía limosna para repartírsela á los pobres.

Todas las mañanas al toque de alba aparecía en la puerta del templo; yo la veía allí cuando iba á oír la primera misa: despues andaba por el pueblo, y á la caída de la tarde, cruzaba el puentecillo de

tablas, y siempre tenía una rama de romero que dejaba caer al pasar por donde yo estaba, y que yo cogía ávido para colocarla en mi habitación junto á mi lecho.

Despues se arrodillaba en uno de los picos de la roca hasta que la campana de la torre sonaba el *angelus* y caían las primeras sombras de la noche.

Luego desaparecía.

Era pues una alborada de Julio, la festividad de la Virgen, cuando Rosalía cantaba á la puerta de la ermita.

Todo desapareció para mí así que estuve en su presencia y me puse á contemplarla, mientras que mi hermana arrodillada unía su voz al clamor general.

Rosalía era alta y delgada, como esas jóvenes adolescentes que empiezan á soñar el primer amor: su cara, larga, blanca y descolorida, pero de una blancura trasparente, casi diáfana, que contrastaba visiblemente con sus ojos negros y rasgados, de mirada apagada y triste, y como una mujer que ha sufrido y llorado mucho, tenía un círculo amoratado al rededor. La boca era pequeña, de líneas suaves que indicaban la bondad de su carácter: aquella cabeza llena de unción como la de una doliosa, descansaba en un torneado cuello de cisne.

Ya he dicho antes que iba descalza, y jecosa singular! el cutis de su pié era blanco y finísimo como el raso, marcándose las azuladas venas, del mismo modo que las vetas de color en un pedazo de mármol.

Tal era la niña que había despertado en mi corazón de quince años un sentimiento dormido aun.

III.

Rosalía me ama!

Así decía yo la noche de la fiesta en la ermita, despues que la campana de la torre sonó la oración de la tarde, y cuando las sombras del crepúsculo empezaban á caer.

Rosalía me amaba, sí!

Al tiempo de pasar por delante de mi huerto, despues de haber dejado en el suelo, como lo hacía todas las tardes, el ramo de romero, la había sorprendido grabando un nombre en la corteza de un árbol.

Aquel nombre á medio concluir era el mio.

Qué faltaba pues á mi felicidad?

IV.

El cementerio de la aldea está, siguiendo la corriente del arroyo que cruza por mi huerto, como á un tiro de fusil de la última casa.

Es un campo lleno de cruces, donde brota alguna flor amarillenta y nada mas,

Por qué hablo del cementerio?

Han pasado algunos meses despues de la fiesta, el invierno ha llegado, y el campo que ostentaba su frondosa vegetación, ahora está mustio y amarillento como las flores del cementerio.

¿Qué me importa el campo y las estaciones cuando Rosalía ha muerto?

Hace poco me paseaba en el sendero de la montaña para oír el tañido de las campanas cuando repicaban alegres llenando el espacio de armonía.

Ahora su sonido es mas triste que el *de profundis* que entonan en la iglesia.

Tambien contesta ahora el esquilon de la ermita... Dios mio!

Perdido entre las sinuosidades de la montaña parece su acento un ¡ay! melancólico de un alma en pena.

Allí está, en la iglesia, su cuerpo inanimado; no tiene mas que dos luces...

Dies iræ, dies illa....

Una flor mas va á nacer en el cementerio.

Rosalía! Rosalía!

Todo va á terminar.

Dos hombres esperan á la puerta del cementerio; la fosa está abierta....

Adios para siempre!....

Solo se escucha el ruido que hace la tierra al caer sobre la fosa.

V.

El marido de mi pobre hermana era un hombre estúpido y soez que no comprendía el cariño que su mujer abrigaba hácia mí.

Por otra parte, yo era un ser inútil en la casa, pues la educacion que habia recibido de Luisa me ponía fuera de combate tocante á operaciones agrícolas, y en un pueblo de tan escaso vecindario ¿qué habia yo de hacer si no tenia medios hábiles para utilizar mis conocimientos?

El jornal de mi cuñado era muy escaso, y nuestras necesidades mayores cada día.

Empezó su plan de ataque por fruncir el ceño cuando nos sentábamos á la mesa, y no dirigirme la palabra.

Yo tenia destrozado el corazon con la muerte de la mujer á quien amaba, de modo es que apenas me ocupaba de semejante cosa.

Rotas las hostilidades por parte de mi cuñado, ya nada debia detenerlo, y con una tenacidad sin ejemplo empezó á seguir un plan del que se prometia excelentes resultados.

Mi hermana, que desde un principio conoció cómo iba á terminar aquella lucha entre nosotros, se esforzaba aunque en vano en distraer á su marido y hacerle abandonar sus propósitos.

Pobre hermana mia!

¿Qué podia hacer tanta ternura y debilidad en quien desconocia la una y se aprovechaba de la otra?

Una tarde á la oracion, cuando me retiraba del cementerio donde oraba por el alma de Rosalía, consolándome con su memoria, sentí voces en mi casa como si alguien disputase.

Entré: mi hermana estaba llorando, y su marido al verme salió de la habitacion.

—Qué sucede, pobre Luisa? la pregunté, en tanto que ella me besaba en la frente.

—Nada, nada, me contestó; pero un raudal de lágrimas se desprendió de sus ojos.

Yo insistí para que me confesara la causa de su dolor.

—Vamos á tu cuarto, me dijo; tenemos que hablar.

Mi habitacion es una especie de bohardilla cuya ventana daba sobre el arroyo; allí tenia yo mi lecho, mis libros y el romero que dejaba caer Rosalía todas las tardes al cruzar el puente.

Encendió una luz y subimos.

—Pobre hermano mio! exclamó sin dejar de sollozar y sentándose sobre el tablado.

—¿Pero qué sucede, Luisa? ¿A qué viene ese llanto?

—No, yo no podré consentir en ello; yo no me separaré de tí, balbuceaba: ¿qué diría nuestra madre que está mirándonos desde el cielo?

Al punto comprendí de lo que se trataba, y se me oprimió el corazon.

—Luisa, tu marido quiere que salga de aquí: ¿es cierto?

—Sí; pero no te irás, hermano mio, no me abandonarás: qué va á ser de tí?... Dios piadoso!...

—Pobre Luisa! dije besando con respeto una de sus manos, ¡cuántos disgustos te he proporcionado desde que nací!

Y lloraba la infeliz con una angustia indecible.

(Se concluirá.)

Solucion del geroglífico anterior.

A muertos y á idos no hay mas amigos.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

